**¿Qué es lo que nos motiva a la hora de decidirnos por tal o cual carrera universitaria? A partir de este interrogante, este texto nos habla de la vocación en tanto "llamado a ser", en tanto búsqueda del propio sentido y riesgo, si se desoye el llamado, de caer en el sinsentido. Plantea asimismo la idea de proceso en relación con una decisión tan compleja, partiendo de una convicción: se trata, ante todo, de una responsabilidad personal, y corresponde a cada ser humano rastrear esa voz que lo llama a ser hasta identificarla y finalmente, tener la voluntad para encarnarla con entusiasmo. En este camino, la universidad está llamada a ser un espacio de cooperación: para ayudar a pensar, a apropiarse del lenguaje, a observar, a interactuar y a desarrollar el propio método de trabajo.**

## EN TORNO A LA VOCACIÓN

Este texto trata sobre la vocación, sobre *tu vocación*. Parte de una primera pregunta: ¿en qué se basa alguien para tomar la decisión inicial de seguir tal o cual carrera? Sabemos que, en muchos casos, la misma proviene de la influencia de los padres, de algún compañero, de los resultados de un test... E incluso hasta se elige un futuro profesional por el menor esfuerzo que aparentemente significarán los estudios.

La vocación. Si atendemos a sus raíces, la palabra quiere decir "el llamado", "el lugar desde donde te llaman". Es como un sitio al que irresistiblemente te diriges. Y uno atiende un llamado cuando el mismo toca profundamente el propio ser. De lo contrario no tendría sentido ese espacio hacia el cual se avanza.

Digámoslo de otra manera: el lugar desde donde proviene el llamado es uno mismo. O mejor, el llamado viene desde lo que alguien puede llegar a ser. Por eso su fuerza, por eso la casi imposibilidad de desoírlo. La vocación te invita a encontrarte con el sentido de tu ser.

*El sentido de tu ser*. Esas palabras se dicen con tanta facilidad... Sin embargo, queremos insistir en ellas. Cuando uno equivoca el camino, o lo echa a perder, o se lo echan a perder, se abre de par en par la posibilidad del *sinsentido*. Cambiemos ahora la expresión: *el sinsentido de tu ser*.

Caer en los anchos brazos del sinsentido no es difícil, sobre todo en estos tiempos de desilusiones a escala planetaria, de incertidumbres generadas por noticieros capaces de llenarlo todo de sangre, de prédicas en torno a la desesperanza. Aludimos aquí al sinsentido de una práctica profesional:

> Una práctica profesional carece de sentido cuando quien la cumple no está nunca satisfecho; cuando se la vive como un castigo y no como una gratificación cotidiana; cuando cada nuevo desafío es enfrentado con una inseguridad sin márgenes; cuando uno no cesa de repetirse " no nací para esto", "no me gusta lo que hago", "no sé cómo lo voy a hacer"; cuando, en

fin, en vez de realizarte en tu tarea diaria vas sintiendo que en ella se te va lo mejor de la vida.

Cargar sobre los hombros un sinsentido semejante, no hace nada fácil la existencia. Es como equivocarse de ser, como si hubieras nacido para pájaro y te condenaras a quedarte sobre la tierra.

**Las búsquedas**

Estas últimas afirmaciones son fuertes en exceso. Necesitamos matizarlas, porque no todos caemos en ellas. Hay quienes tienen claro su destino profesional casi desde el comienzo; avanzan en una determinada dirección como si nada pudiera torcerles el rumbo y como si no existieran otras alternativas. Esa es una posibilidad, ni la mejor ni la peor.

Hay quienes sobrenadan durante años en una marejada de confusiones. ¡Es tan ancho y variado el mundo de las actividades humanas! ¿Cómo decir *este es mi destino*, si me gusta también aquel otro, y el otro, y el otro? A los 17 o a los 18 años, lo más común es no tener clara la vocación. Pesan demasiado las influencias de algunos educadores, de la familia, de los amigos, de los medios de difusión colectiva; pesa demasiado tanto futuro abierto en tantas direcciones; pesa demasiado la búsqueda de una seguridad en la elección, de un camino cierto. Es tan fuerte todo esto, que en algunos países se viene hablando de la necesidad de demorar la elección, hasta que se haya entrado en ese mundo tan complejo de la universidad.

Hay quienes parten como de puerto seguro y al cabo de unos meses, e incluso de unos años, terminan por decir: "esto no es para mí, ¿cómo pude equivocarme tanto?" Y a veces, aún cuando se haya llegado a esa conclusión, las presiones sociales, la propia búsqueda de cierta seguridad, hacen que se continúe hasta el final.

Hay quienes, en fin, se reciben y comienzan a ejercer su profesión, y la viven sin ninguna indecisión a lo largo de años. O bien otros caen en verdaderas crisis, provocadas por cuestiones personales, laborales, sociales en general.

Todo esto nos indica que el mundo de la vocación es muy complejo, que no es sencillo acertar desde el comienzo, que a cada uno de nosotros nos aguardan momentos de incertidumbre, de ruptura con viejas convicciones, de retorno a un punto cero para comenzar de nuevo.

Y es que la vocación se vive en muchos casos, en la mayoría, como un proceso, como algo no acabado ni encontrado desde el primer momento, como una construcción lenta.

## Tu decisión

Sin embargo, a pesar de las influencias, de las indecisiones, de las incertidumbres, la vocación es decisión de cada uno, única, intransferible. Podemos equivocarnos o echarla a perder; podemos ser sometidos a tal presión social, que terminemos por optar erróneamente o por frustrarnos en un camino. Pero la vocación es una responsabilidad personal.

Se argumentará de inmediato que no es así, que a muchos la misma sociedad se encarga de frustrarles el trabajo sobre su propio ser, la construcción de su sentido. Es cierto, a millones y millones. Pero hay un último horizonte, un último aliento, un último rincón del propio ser, donde uno ejerce su responsabilidad.

Por eso, aún en un mundo de indecisiones, aún en el riesgo del error, de la inminente crisis, está en juego una decisión que nos corresponde a cada uno, que nos significa un compromiso con lo elegido, por más que se trate de algo provisorio, de algo que pronto descubriremos como no válido para nuestras aspiraciones.

Una cosa es equivocarse y otra echar a perder la vocación, e incluso la primera o segunda opción que se tome.

> Echar a perder la vocación es responder al llamado de manera mediocre; es hacer como que se estudia y se piensa, cuando en realidad se deja uno llevar por rutinas en las cuales se invierte un mínimo esfuerzo; es prepararse un destino sin alientos de vida; es reducir al mínimo el horizonte de la propia existencia para ocupar un lugar oscuro en la sociedad; es renunciar a las riquísimas posibilidades del propio ser; es convertir el sentido de una vida humana en un engranaje de fuerzas que te llevan y te traen.

Podemos expresarlo también de otra manera: responder a medias a la vocación es predestinarse a ser un profesional a medias. Insistimos en reconocer la presión social con todas sus consecuencias. Pero son muchos los casos en que ella no es tan fuerte y se cae en esas pobres maneras de construir la propia práctica.

La vocación, entonces, no es sólo un llamado. Es también una tarea, tu tarea. Y no es sólo una capacidad inicial, es una labor constante sobre las propias capacidades para perfeccionarlas.

Digámoslo así: la vocación es un don, una especie de primer, inexplicable regalo de la vida; el resto es esfuerzo, voluntad, alegría de avanzar, de construir; entusiasmo, disciplina, responsabilidad, aprendizaje... tuyos.

## La cooperación

Las líneas anteriores pueden dejar la idea de un sendero por el cual se avanza irremediablemente solo. No es así, por supuesto. En la construcción del propio ser participan otros. Nadie crece solo, nadie es sin los demás, y los demás necesitan de uno.

Por eso se avanza hacia el llamado de la vocación, (es decir, hacia uno mismo) entre otros compañeros, con el apoyo de los educadores, con la experiencia de quienes ya han recorrido esos caminos. Pero, ¡eso sí!, nadie construirá las cosas en tu lugar, aunque podrás construirlas con otros.

La universidad es el lugar de encuentro entre quienes acuden al llamado, entre quienes se embarcan en la tarea de dar sentido a la propia existencia.

Y la labor de la universidad es facilitar el viaje: ofrecer navíos sólidos, aprovisionarlos para la larga travesía, proponer nortes (que no hay uno solo cuando de la vocación se trata), ayudar a salvar obstáculos, a enfrentar las tempestades, a gozar los momentos de arcoiris y de mar sereno. Una navegación de no se improvisa de un día para otro.

Por eso la universidad es el espacio de tus derechos y del de tus compañeros.

El derecho a una universidad comprometida con la realidad del país; a educadores actualizados y sensibles a tus inquietudes; a recursos mínimos para favorecer el aprendizaje; a una vida cultural permanente; a un proyecto pedagógico orientado a la transformación social; a escuelas de pensamiento y de práctica; a procesos de investigación ricos en ciencia y en aportes a la comunidad; a una escala de valores que te permita sostener con firmeza tus acciones.

Todo ello no se logra sin el aporte de otros seres. La universidad es el espacio de la cooperación, del apoyo y la comprensión mútuos. Uno a menudo no valora en su momento esa dimensión. Sólo cuando se los ha dejado atrás, comienzan a ser extrañados esos años de compartir y de encontrarse.

¿Idealizamos? Sin duda. No hay universidad perfecta y en muchos casos todo está organizado para frenar el impulso hacia el llamado, para dejar en el camino aspiraciones y sueños. Pero no existe un espacio absolutamente cerrado, sin rincones de libertad y de oportunidades para crecer.

## La lealtad a la vocación

La vocación es, en primer lugar, una pasión. Si algo no te atrae de manera irresistible, si no te entusiasma (es decir, si no sientes un dios adentro que te empuja), entonces no tienes vocación, no estás llamado hacia ese algo. La vocación es el lugar desde donde te llaman, pero uno acude desde la propia pasión.

Y es imposible inventar la pasión.

Hay una sola manera de ser leal a la vocación: asumiéndola con toda pasión y responsabilidad. Y ello supone la alegría de construir el propio sentido y un esfuerzo constante.

Conocemos de sobra los comentarios dedicados a la opción por el espacio de la educación. Citamos un diálogo entre una madre y un político:

"Un trabajo para mi hijo, licenciado, un trabajito.
Señora, por ahora no puedo ofrecerle nada.
Un trabajito licenciado, aunque sea de maestro."

Es necesario remontar esas percepciones, hasta casi disculparse por sentirse orientado hacia las prácticas pedagógicas. Cada quien con sus opciones y su modo de defenderlas. Digamos que, de todas maneras, estas últimas y la pasión no son suficientes, sobre todo cuando nos movemos en el terreno de la educación.

Entra en juego, entonces, otra pregunta: ¿cómo se construye la vocación? Cuando se termina de recorrer ese período de formación, sobre todo el que nos ocupa en una unidad académica como la nuestra, ¿qué ha atesorado?, ¿sobre qué cimientos se ha asentado la vocación?

Mencionemos seis líneas básicas para la labor educativa:

- ⇒ Capacidad de expresarse de manera oral y por escrito.
- ⇒ Capacidad de pensar.
- ⇒ Capacidad de observar.
- ⇒ Capacidad de interactuar.
- ⇒ Desarrollo de un método de trabajo.
- ⇒ Una buena dosis de información.

Apoyarnos en todas esas líneas es tarea de la universidad, sin duda. Pero quienes construímos somos nosotros mismos, quienes jugamos al máximo cada una de ellas o quienes las desperdiciamos, somos siempre nosotros. Veamos en qué consisten.

**Capacidad discursiva**.

Llamemos así a la primera. Se trata de apropiarte de todos los recursos de un lenguaje para comunicarte con seguridad y fluidez con tus semejantes.

Y ello por una causa: los educadores somos, *todos*, trabajadores del discurso.

La herramienta que utilizaremos durante nuestra vida será la palabra, tanto escrita como oral. Es elemento fundamental de una labor educativa la expresión con soltura, con claridad, con un discurso bien estructurado, sea al hablar o al escribir.

En América Latina hay miles de personas egresadas pero no graduadas. Es decir, han terminado de cursar todas las materias pero les falta entregar la tesis. ¿Causas? Más de una. Pero no podemos dejar de mencionar ésta: la falta de capacidad para redactar unas 100 páginas con cierta coherencia.

Podrá argumentarse que ése es el resultado de muchos años de mala formación. Bien, pero la capacidad discursiva a nadie se la regalan. Es siempre una adquisición de cada quien. Se la cultiva en la práctica cotidiana de escribir y de leer; y en la de comunicarse en grupos de trabajo, en esfuerzos de cooperación.

La responsabilidad por la educación es también la responsabilidad por la adquisición de ese maravilloso instrumento. Para ello hay muchas técnicas, pero todas coinciden en un punto: la práctica diaria, el esfuerzo de hacer que el discurso sea para ti un medio de expresión transparente.

**Capacidad de pensar**.

Por lo menos en tres líneas: pensar totalidades, captar relaciones, reconocer lo esencial de un tema, situación o problema.

La frase inicial puede sonar a falta de respeto. ¿Quién se atreve a decirle a otro que no sabe pensar? ¿No estamos acaso ante uno de los elementos que nos hace humanos? Verdad, pero en relación con la vocación, esas tres palabras aluden a algo más ambicioso. El pensamiento es también una riquísima herramienta y toda herramienta se vuelve dócil cuando se la emplea de manera constante.

Primero: *ejercitarse en pensar totalidades*, es decir, en ir del todo a las partes, en abarcar las grandes líneas de una situación, de un problema. Ello no es sencillo. A menudo los detalles de una realidad confunden, se toma el todo por una parte, el árbol oculta el bosque, la nube el cielo. Cuando un profesional tiene la capacidad de reconocer el todo de un problema, puede actuar sobre sus detalles.

Segundo: *ejercitarse en captar relaciones*, es decir, en reconocer cómo ciertas partes del sistema se vinculan con otras, se influencian, se atraen o se repelen. Sin duda ello está ligado a lo anterior. No siempre se habitúa uno a buscar relaciones, ya sea porque aparecen como evidentes en exceso o porque brillan por ausentes.

Si algo te espera en el futuro (en realidad aludimos a algo ya presente) es una práctica ligada a otras, en un mundo cada vez más complejo e interrelacionado.

¿Qué tiene que ver tu profesión con las demás? ¿Cómo se relaciona este problema, aparentemente aislado, con el resto de los vividos en determinada situación social? ¿Cómo repercutirá tal decisión en la vida de ciertos grupos? Preguntas como éstas te acosarán en tu vida de educador.

Tercero: *ejercitarse en reconocer lo esencial de un tema, de una situación, de un problema*. Hay quienes se pierden y no saben hacia dónde ir cuando se los enfrenta a algo. A un educador se le piden decisiones, soluciones, y es imposible ofrecerlas sin una capacidad de diagnosticar totalidades y elementos fundamentales de las mismas.

Todas esas prácticas van ordenando el pensamiento, lo van habituando a situarse rápidamente en un contexto, a buscar alternativas, a preguntar, a interpretar, a comprender.

**Capacidad de observar**.

Nos referimos a una percepción afinada de tal manera que permite captar rápidamente los detalles de un contexto. Te proponemos un ejercicio: esta noche, antes de acostarte, observa ciudadosamente el cuarto, las paredes, la ventana, las cortinas, los objetos...

Encontrarás muchas sorpresas, detalles que jamás habías percibido. Es natural que así sea. En la vida diaria no podemos observarlo todo en sus menores características, nos movemos con visiones globales, suficientes como para funcionar.

Bien, pero cuando eso se hace extensivo a toda forma de contacto con la realidad y con los demás seres, la observación se reduce al mínimo. Es tan así esto que a menudo nos referimos a alguien diciendo "es muy observador", como si fuera dueño de una cualidad excepcional.

Y, sin embargo, es una capacidad que todos podemos desarrollar. ¿Se relaciona esto con la profesión? Muchísimo. Una buena observación ayuda al pensamiento, permite evaluar situaciones, reconocer particularidades que no dan los libros, ni las teorías.

**Capacidad de interactuar**.

En el intercambio con los demás seres humanos se basa el trabajo, cualquier trabajo. El mundo profesional es, sin duda y sobre todo en estos nuestros tiempos, el mundo de la interacción.

El especialista encerrado en un estudio, empeñado en resolver de manera solitaria un problema, ha desaparecido casi del todo de la escena social. Hoy por hoy, y mañana más todavía, cuentan los equipos humanos; las diarias relaciones se han intensificado hasta formar parte de la trama cotidiana de cualquier profesión.

También hay un aprendizaje de la interacción. Aprender a comunicarse, a dialogar, a intercambiar opiniones, a escuchar, a valorar las propuestas ajenas, a construir en grupo, a embarcarse en controversias con respeto, sin la pretensión de vencer siempre.

Es maravilloso un espacio en el cual se comparten ideales y pasiones comunes. La clave del compartir descansa en ese aprendizaje de la interacción.

**Desarrollo de un método de trabajo**

Un método para organizar los datos, para investigar, para sacar conclusiones y tomar decisiones.

No hay peor enemigo de cualquier vocación que una manera caótica de estudiar. ¡Cuidado! No aludimos aquí a algún necesario desorden en tiempos en que la vida fluye a torrentes. Nos referimos al caos en los estudios, en el modo de procesar información, de almacenarla, de utilizarla.

Un ejemplo más que real en nuestros países: muchísimos graduados entran a la práctica profesional con las manos vacías, sin un sólo apunte, sin información acumulada, como si hubieran pasado años sin atesorar nada, apenas algunos conceptos mal hilvanados en su cabeza.

Y vienen entonces las ansiedades. ¿Le toca a alguien dar clases? A pescar ideas con desesperación en algún libro. ¿Le toca diagnosticar una situación? A improvisar o a buscar el apoyo de algún ex compañero que al menos guardaba las fotocopias de los textos.

Un método de trabajo supone rutinas, en el hermoso sentido de este término: aquello que día con día se repite para acumular algo; supone ordenamiento de informaciones y de experiencias; supone acopio de materiales que en un mañana nada lejano serán útiles.

*Una buena dosis de información.* Nos referimos a la información de cada día, a la de los periódicos, a la de las revistas especializadas. Para acceder a ella hace falta leer, mantener una actitud vigilante hacia los sucesos de tu propio contexto.

¿Te puedes imaginar a un educador desinformado en nuestro tiempo? Los hay, y muchos. Pero así les va. El mundo se ha achicado como una naranja y su nervio

básico es hoy la información. No hay mayor sinsentido que un educador desinformado en la era de la información.

Y la información no sólo de la propia profesión (que año con año crece, se multiplica), sino también del contexto inmediato y de los otros contextos, los más distantes en apariencia. En tiempos como los nuestros, una decisión tomada a miles de kilómetros puede hundir la economía de un país.

Información no por acumular datos, sino para prever futuro, evaluar alternativas, tomar decisiones. Información útil y no acumulación caprichosa de ella. Lo que este tiempo te exigirá de manera creciente no es un esfuerzo mecánico de memorización, de repetición de lo que otros escriben o dicen; tampoco montañas de datos, sino una capacidad de localizar y estructurar la información necesaria para tu diario trabajo y tus diarias relaciones.

**¿Qué hacer?**

No estamos hablando de nada imposible. Existen técnicas para cada una de las prácticas incluidas en el apartado anterior. La universidad, sus educadores, los materiales elaborados pedagógicamente, tus propios compañeros, pueden aportar a tu formación.

Pero, en todos los casos, *el quehacer es tu hacer*. Nadie desarrollará el sentido en lugar de otros, aunque otros puedan colaborar, como se colabora con ellos.

La vida se compone de un proceso permanente de opciones. Elegir entre el sentido y el sinsentido profesional comporta una decisión vital, precisamente la de tu propia vida.

En el espacio de la educación, quizá de manera más fuerte que en otros, la construcción del propio ser, el aprovisionamiento de recursos para la práctica, resultan claves, por una razón: nos estamos preparando para trabajar con seres humanos en momentos vitales de sus existencias.

El responder al llamado y el construir el propio ser con todas las fuerzas, es no sólo una responsabilidad individual, sino también, y de manera fundamental, social. No es sencillo lanzarse a interactuar con los demás en tren de apoyarlos en sus procesos de aprendizaje, si se parte de una base endeble, de una opción mal tomada o mal trabajada.

Equipo de la cátedra de Pedagogía
Mendoza, Julio de 1994